

**Elena Altuna, *El discurso colonialista de los caminantes (Siglos XVII-XVIII)*
Ann Arbor, Michigan, Centro de Estudios Literarios “Antonio Cornejo Polar” y
Latinoamericana Editores, 2002, 250 páginas.**

El relato de viajes tiene, en la historia de la escritura universal, una larga tradición que nos lleva a la alborada de las letras: desde la *peregrinatio* clásica y los éxodos colectivos, el hombre viaja en busca de los objetos amados que se llaman Helena, el grial, las tierras prometidas, otro camino a las Indias. Compelido quizás por una arcaica pulsión nómada o, como en los textos analizados por Altuna, por un mandato superior, el hombre viaja y convierte, con frecuencia, esta experiencia en un acto de escritura, en una ilusión que quiere inmovilizar el desplazamiento y retenerlo en palabras.

Máquina incesante de producción de relatos, el viaje constituye siempre, en su dimensión de acontecimiento, un desajuste, una interrupción de la cotidianeidad que se ve suspendida por el deslizamiento a un territorio ajeno, en este caso amenazador y nuevo que desacostumbra al caminante, lo confronta con lo inesperado y lo abre a otras voces, a otros ámbitos.

Pero el viaje representa a su vez la confrontación del modelo previo, codificado por la cultura, los sistemas ideológicos y también por los viajeros precedentes con aquello que efectivamente empieza y acontece cuando llega y que, de modo inevitable, ha de modificar ese modelo original. Se trata, entonces, de una primera sustitución: lo vivido sobreimprimiéndose encima de lo leído o de lo que se le ha mandado registrar. Claro que se trata de una sustitución incompleta porque lo leído es un resto que nunca desaparece del todo. Por otra parte hay una segunda sustitución que ocurre cuando la escritura se impone con posterioridad sobre lo vivido y el viaje es, ya para siempre, el relato del viaje.

A partir de esa modificación del modelo original y previo y además el paso por el tamiz de la subjetividad y de la experiencia concreta, el relato de viaje comenzará a codificarse de otro modo y a transformarse en la medida en que se erige desde el recuerdo. Y es en ese espacio entre dos sustituciones donde empieza a constituirse como texto. Dicho de otro modo: la corrección del modelo original implica una nueva forma de codificación del modelo que tampoco se mantendrá por mucho tiempo: la modificación insiste en la medida en que muy pronto empieza a configurarse desde la escritura y el orden del relato. En estas dimensiones de la escritura de los viajes que he señalado: desajuste, confrontación de modelos, reproducción, ilusión de simultaneidad proclamada desde un presente y aquello que definitivamente se inscribe por un acto de memoria que tiene lugar en el futuro, se genera la especificidad que distingue esta tipología de otras modulaciones del relato, ya sea del testimonio o de la autobiografía, aunque no por ello deja de compartir con éstos espacios comunes.

Ninguna de las complejidades de este registro, a las que se le une la densidad de toda discursividad colonial, escapan al análisis lúcido y exhaustivo que se despliega con rigor e inteligencia en los diversos capítulos que configuran *El discurso colonialista de los caminantes. Siglos XVII-XVIII*. Desde la constitución del modelo descriptivo que subyace en las *Relaciones Geográficas* y la emergencia del relato de viaje en los textos del dominico Lizárraga y del jerónimo Ocaña, hasta finalizar en la culminación del discurso colonialista que se patentiza en Carrió de la Vandra, para citar sólo algunos de los nombres analizados, el estudio que la obra de Altuna realiza es una lección magistral.

La autora aborda, en la primera parte, el paradigma descriptivo presente en los interrogatorios que habrán de generar las *Relaciones Geográficas* y utiliza, para ello, un análisis contrastivo de analogías y diferencias entre éstas y el relato de viaje que le permiten, posteriormente, focalizar la reflexión en aquellos aspectos que conforman, dentro del período colonial delimitado, este tipo textual. A partir de un grupo de *Relaciones* como la de Salazar de Villasante, Diego Pacheco, Gerónimo Luis de Cabrera, Pedro Sotelo Narváez, Diego Rodríguez Docampo y el Conde de Lemos, se ponen en evidencia los modos de construcción territorial de las colonias, la exclusión de otros diseños urbanos que no se corresponden con la razón imperial y los mecanismos de resistencia de la población nativa generados a partir del avasallamiento español. Un segundo tipo textual, vinculado con las *Relaciones Geográficas*, aparece dentro del grupo seleccionado. Se trata del *Libro Descriptivo*, ejemplificado con la *Geografía y Descripción universal de las Indias* [1574], de Juan López de Velasco, que se presenta como suma y recopilación de los diversos textos que conforman su fuente para marcar el pasaje de los libros particulares al libro general y superior. De este modo emerge la institucionalización de un saber sobre las Indias que Altuna relaciona con la noción foucaultiana de archivo, es decir, “una memoria cultural que ya ha efectuado la inclusión (apropiación), dentro de sus propios parámetros, de un espacio, una temporalidad y una historia lejanos, que mediante esta operación se vuelven próximos” (p. 52).

La segunda parte se concentra en la *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile* [1591-1605] de fray Reginaldo de Lizárraga, claro exponente de la “conciencia criolla” del siglo XVII, que habrá de presentar su obra como el producto de la más pura experiencia personal. El elemento que aparece aquí, como determinante del relato de viaje, es el acontecimiento del viaje como obediencia a un mandato que, por otro lado, consolida la figura del “caminante” típica del período. El texto del dominico acusa, por su modalidad descriptiva, una estrecha vinculación con los cuestionarios del Consejo de Indias de los siglos XVI y XVII que emergen, de esta manera oblicua, en la escritura de los letrados criollos.

Es interesante destacar, en este punto, el sentido del término *patria* tanto como afirmación de la ciudad indiana y como vindicación identitaria, que incluye al resto de los grupos sociales, cuanto como tensión entre “los que en estas regiones vivimos” y los habitantes de la Península. No obstante ello, la posición del fraile es contradictoria y esto se evidencia, por ejemplo, en la ausencia descriptiva de los indios y en la exaltación de la mentalidad metropolitana que es propia, por otra parte, del letrado colonial, sujeto escindido entre la búsqueda del reconocimiento de la metrópoli y la exclusión que lo discrimina por su condición de indiano.

El viaje por mandato dará también origen al texto de fray Diego de Ocaña *Un viaje fascinante por la América Hispánica del siglo XVI* [1605] que Altuna caracteriza tipológicamente como relato de viaje. En este caso la travesía se vincula con el culto a la Virgen de Guadalupe por el cual se incorpora la fiesta barroca en la escritura, dado que el jerónimo es comisionado para recoger las limosnas hechas a su santuario. El eje vertebrador del documento se constituye en el binomio memoria-olvido, con sus diversos puntos de fuga, desde donde el sujeto escriturario va a fijar un registro de “lo notable” a partir de su posición de “extranjero en las colonias” que genera una constante exaltación descriptiva.

Una voluntad de escritura fundada en la necesidad de testimoniar lo visto abre paso, pronto, a la dimensión autobiográfica que permite percibir, en palabras de la autora, una especie de naufragio existencial generados por el abandono y la soledad padecidos por Ocaña y que determinan su percepción de esta tierra como un lugar de olvido. De este modo el binomio de la memoria y del olvido irá a articularse, justamente, en el quiebre entre el “aquí” y el “allá”.

También en la serie de avatares de la memoria se inscribe el *Viaje de un monge gerónimo al virreynato del Perú en el siglo XVII* [1605] de fray Diego del Puerto que da cuenta, además, de los conflictos entre la colonia y la metrópoli a causa de las limosnas. El religioso combina, así, el relato del viaje por el circuito altoperuano con una defensa de las acusaciones de las que ha sido objeto, hecho que aproxima el texto al género del memorial. Y cada punto del itinerario es mencionado junto a las correspondientes remesas de plata enviadas a España. De este modo se evidencia el rígido control de la corona sobre los funcionarios mandados a América, los conflictos entre las órdenes religiosas, el rechazo de los peruanos a las exacciones de dinero, la emergencia de una conciencia criolla que valora el espacio indiano y la permanencia en él y el surgimiento de formas locales de religiosidad más abarcadoras en términos interculturales.

El texto del visitador Pedro José de Parras es producto de los diversos viajes que el franciscano realizó, en cumplimiento de sus funciones, por el territorio del Río de la Plata a mediados del siglo XVIII. Lo notable, en este caso, es que la escritura no responde a un mandato sino a la conciencia del religioso del interés que los viajes a sitios remotos empiezan a despertar en un público lector en constitución. A esto se agrega una voluntad didáctica que tematiza sobre la función del viajero como mediador intercultural y productor de conocimiento utilitario sobre la naturaleza americana. El texto de Parra, fiel al imperativo ilustrado, es un importante indicador de las transformaciones que han tenido lugar en la colonia a partir de una percepción modelada por la Enciclopedia.

El último texto trabajado por Altuna es *El Lazarillo de ciegos caminantes* [1776] del agente colonial Alonso Carrió de la Vandera que presenta como particularidad una ficcionalización del plano autoral presentada como un *pacto de escritura* entre dos sujetos. La diferencia con los otros relatos de viaje está dada por el proyecto de reforma que propone, como parte de un plan de mejoramiento del aparato estatal, obras hidráulicas, eliminación de los indios “bárbaros”, sustitución de los gauchos por inmigrantes europeos, entre otras recomendaciones. La autora destaca, en este caso, la persistencia de marcas ideológicas cuya continuidad se advierte, más tarde, tanto en el discurso de un Alberdi o de un Sarmiento como en las tesis positivistas que se consolidan a fines del siglo XIX.

En las conclusiones Altuna refiere que su indagación sobre estas representaciones del heterogéneo mundo colonial no pretenden sólo un conocimiento del pasado sino la influencia de ese pasado en la contemporaneidad. Porque conocer los modos de construcción de identidades y alteridades, de centros, periferias y fronteras “es también profundizar en el conocimiento de los componentes reales

de la heterogeneidad latinoamericana y valorar *positivamente* las diferencias que le son inherentes” (p. 237).

Por todo lo expuesto cabe recomendar con fervor la lectura de este minucioso e inteligente libro de Elena Altuna, tanto a los especialistas en discursividades coloniales como a aquellos lectores no tan familiarizados con estos arduos registros que busquen una introducción magistral a ellos.

María Laura de Arriba